¡FELICES 50 ROSA!

Amaneció. Dos rayos de sol por el Monreal asomaban. Se intentaban abrir paso entre robles y encinas, tímidamente, como queriendo buscar algo que estaba a punto de aflorar. El pico ya no estaba blanco, y la nieve derretida del frío y solitario invierno ya pasado caía en forma de arroyo por una ladera de leve pendiente. En el agua acristalada se reflejaba el vuelo de unos pájaros envueltos en una brisa mañanera, la misma que despertaba con frescor a todo aquel que hubiese podido dormir mirando las estrellas. Estrellas que la noche anterior formaban la Casiopea más brillante que jamás el pueblo había visto. El choque del agua contra las peñas a modo de corcheas, acompañado con el piar sincopado de los jilgueros y el silbido que soplaban las ráfagas de viento, hacían del monte la primavera de Vivaldi, alcanzando la gran cadencia con la madrugada.

Nada se interponía a su paso. Los rayos descendían siguiendo pequeñas huellas de animales que les guiaran. Quién sabe si de jabalíes, de lobos, o incluso de una cabra de oro oculta en el corazón de la colina, protegida cual valioso tesoro. Como si el oro fuese la mayor riqueza que el poblado escondía. No. Su valor no se podía palpar. Su valor se sentía. Se veía en la mezcla de tonos verdosos; se escuchaba en el galopar de los caballos; e incluso en el aroma de ese tomillo que se respiraba en la fiesta del Corpus.

Y es que esa mañana el sol sabía qué alumbrar. Sabía que tenía que cruzar ese prado con esos cultivos, esa carretera, ese corral. Llegar a ese jardín...y ahí, con la iglesia de fondo dominada por una cigüeña, que aún se asustaba con la resonancia que dejaban las campanas, justamente ahí, tal día como un 30 de abril de 1966, encender el primer brote de una rosa aún sin espinas.

Esa Rosa ha crecido, ha madurado, ha perdido pétalos, y pétalos más intensos han nacido; ha sobrevivido a 50 inviernos y ha sentido el rocío de 50 primaveras, pero jamás se ha marchitado. Y por eso estas palabras, para celebrar tu florecimiento, para enderezar tu tallo y para que nunca olvides tus raíces: aquí, junto a nosotros.

Felices 50. No los que has vivido, sino los que te quedan. Siempre seremos aquellas espinas que te protejan, y te acompañen allá donde quiera que vayas.

Y es que, ya lo dijo Lorca:
"¡Qué sería la vida sin rosas!
Una senda sin ritmo ni sangre,
un abismo sin noche ni día".